

# LA UNION

FESTIVALES DE ESPAÑA



**XVI Festival Nacional  
del Cante de las Minas**

**15 al 22 Agosto 1976**

# DESTINO

## CUENTO

La madre lo presentó al señor maestro. Bien temprano lo había lavado con jabón de olor, aplastándole con el lado espeso del peine el pelo empapado en agua. Por las orejas aún le resbalaban a Quico algunos goterones, y se le metían por el cuello de la camisa, pecho abajo, hasta humedecerle la barriga.

— Señor maestro, este es mi Quico. Quiero que sea un hombre de provecho.

El maestro tosía de vez en cuando y en alguna que otra ocasión decía: — «Sí, señora».

— Que sea un hombre de provecho, sentado detrás de una mesa, con sus zapatos bien relucientes de betún, en una oficina o así. No como el padre, ¿sabe usted? El pobre...

A la mujer le crepitaron las pequeñas brasas de los ojos al decir:

— Las minas son traicioneras. Una amenaza negra. Más: un sin vivir. Hoy unos, mañana otros. Usted ya me entiende.

No quería que el hijo fuese minero como todos los suyos, una larga cadena cuyos eslabones iban a perderse en la boca de una mina cualquiera.

La mujer, al hablar, parecía dirigirse a Dios:

— Que el Quico enderece sus pasos hacia la tierra firme. Que la letra y la pluma le aparten del pozo y la galería.

Se fue tranquila, como quien cumple un penoso deber.

\* \* \*

La escuela era grande. Olía densamente: a lápiz, a madera pisada, a goma de borrar. Mapas, muchos mapas. Aseguraban que España limita al norte. ¿Qué sería el norte? Quico estaba más que seguro de que pocos lo sabrían.

— Unidad, decena, centena...

Fuera estaban los montes dorados, las verdes piteras, los palmitos peludos...

— Unidad de millar...

Decididamente a Quico no le gustaba la escuela. Además, los compañeros hablaban de un modo distinto a los amigos de su calle. Llevaban carteras de piel y sacapuntas de colores.

— Minuendo, sustraendo...

El maestro empleaba un extraño lenguaje que él, andaba seguro, no entendería nunca.

En el «recreo» los demás niños le señalaban:

— ¡Pero si no sabe nada! Ni siquiera quién es don Rodrigo.

¡Bueno, y qué, ¿qué le importaba a él quién era o dejaba de ser don Rodrigo?

— Pues no serás nada en la vida.

¿La vida? ¿Sabía alguien qué era la vida? Tal vez la vida fuera eso: aceptar lo que el corazón mandaba. El corazón es el que debiera disponer en última instancia, no los maestros que dicen «sí, señora» y en seguida se ponen a hablar de los reyes godos y las palabras esdrújulas.

\* \* \*

Quico estaba ahora amarrado a cosas feísimas, a terribles cosas que jamás entendería.

— El valor de «pi» elevado al cuadrado...

Y en seguida el maestro se ponía a perorar sobre aquello del porvenir y de los hombres de provecho.

Sólo que un día, súbitamente, entró la hermana de la madre, desmelenada y trágica:

— ¡Quico, te quedaste sin padre!

Se levantó un gran revuelo en la escuela.

— ¡Huérfano mi Quico! ¡Dios, qué desgracia!

Lo de siempre. El padre de Quico estaba sepultado bajo un aluvión de tierra, en el fondo de la mina.

— ¡Te quedaste sin padre, cordero!

Era una hermosa mañana de sol, con flores amarillas bordeando los caminos de la sierra.

\* \* \*

La madre le dijo sencillamente:

— Ya ves: se me malvaron los sueños. Ahora eres el hombre de la casa y has de procurar el jornal para los hermanos menores. Estaría escrito.

Le alargaba el carburo y el «trapo» con el parvo yantar: patatas, queso, olivas negras, como las cuentas de un rosario, y su ración de «salao».

— ¡Qué perdición, lucero!

Quico la miró, no entendiéndola del todo:

— Madre, pero si aquello, vamos, la escuela, pues nada. Que no entendía ni un tantico así.

La madre lo despidió sin una lágrima, aceptándolo todo resignadamente porque, como ella decía, son cosas que están escritas.

\* \* \*

Se acomodó en la cuba, en la boca del pozo, con otros trabajadores. Desde allí, antes de comenzar el descenso a las galerías, alcanzó a contemplar el pueblo, lejano, tendido al pie de la sierra, y hasta adivinó cuál edificación habría de corresponder a su casa, con su olor a humedad, a gas de quinqué; cuál a su escuela, con el señor maestro bajo el retrato de la Reina regente, pronunciando extrañas palabras. Sus días de la escuela, tan próximos, comenzaban a ser en el recuerdo carne de nebulosa. Un día le parecería que todo había sido un sueño, puede que hasta llegara a olvidarlo todo.

La cuba se movió. Alguien ordenó:

— ¡Agarrarse, muchachos!

La cuba comenzó a descender, balanceándose en el aire. Se levantó un olor, espeso, acre. La rodaja de la luz del día, en la boca del pozo, iba quedándose cada vez más inalcanzable.

— ¿Cuántos metros llevamos? — preguntó Quico.

— Vete tú a saber — le contestaron —. Tal vez unos cien. Puede que hasta doscientos.

Quico sonrió. A la luz de los carburos se le descubría su extraña mueca que lo mismo podía resultar de insolente triunfo que de humilde resignación. En el fondo de su corazón comprendía que, para su bien o para su mal, penetraba en un mundo hecho a su medida.